

nar. Ya estaba fuertemente quebrantado, cuando la conquista de Portugal por Felipe II (1580) acabó su ruina. Entonces se apoderaron los holandeses de esas inmensas regiones. Más tarde, Portugal, otra vez independiente, procuró en vano reconquistar algunos de los restos de sus antiguas posesiones. En la costa de la India sólo le quedaba Goa. Pero la ciudad que hoy tiene ese nombre no es Goa *la dorada*, la antigua Goa que viera Gama y que oyó cantar al divino Camoens, sino una nueva población, á la cual ha dado el orgullo portugués el nombre de la antigua, pero que es triste y pobre. De la famosa Goa no queda más que el palacio desierto de los antiguos gobernadores, y algunas iglesias servidas por regulares.

Resumen de este capítulo.— Los grandes descubrimientos marítimos del siglo XVI se deben á los españoles y á los portugueses.

I. Cristóbal Colón, que descubrió la América, nació en Génova en 1441. Después de haber solicitado en vano la protección de Portugal, de Francia y de Inglaterra, obtuvo de Isabel, reina de Castilla, algunos bajeles, con los que partió el 3 de agosto de 1492. El 12 de octubre llegó á *San Salvador*, en las Lucayas. Después fué á anunciar á España esa feliz nueva. Al volver de Europa, en su segundo viaje, se dirigió más al sur y halló las *Caribes ó Antillas menores*, y después fué á Haití á reunirse con sus compatriotas. Pérfidamente acusado ante Fernando é Isabel, volvió á España á justificarse. En su tercer viaje es cuando tocó en la desembocadura del Orinoco, y así adquirió la convicción de haber descubierto un vasto continente. Sus enemigos habían logrado que lo cargasen de cadenas, pero logró fácilmente confundirlos; sin embargo, á partir de ese momento despreció á la corte, que desconocía el valor de sus servicios. Habiendo descubierto la Martinica y Jamaica, fué á morir pobre y solitario en Valladolid (1508). Juan Diaz de Solís descubrió luego la península de Yucatán, mientras Sebastián de Ocampo daba la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León desembarcó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el vasto mar Pacífico ó del Sur, que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Hernán Cortés realizó algún tiempo después la conquista de Méjico (1518-1521), donde reinaba Montezuma. Cortés no fué más afortunado que Colón, pues las intrigas de sus enemigos lo perdieron en el ánimo de Carlos V; murió miserablemente en los alrededores de Sevilla (1549). Después de la conquista de Méjico, se efectuó la del Perú, por Francisco Pizarro (1524-1527). Este soldado de fortuna, después de destronar al rey de los Incas, Atahualpa, murió asesinado en su palacio de Lima (1541). Entonces fué cuando Carlos V intervino para ordenar todo lo referente al inmenso imperio que los españoles poseían en América. La masa entera de las posesiones fué dividida en dos

virreinos, el del Perú, cuya jurisdicción se extendía sobre todas las posesiones españolas de la América meridional, y el de Méjico, que abrazaba las de la septentrional. Estableció un *Consejo de Indias* para gobernar en su nombre todos esos países; creó *audiencias* y una *cámara de comercio* para juzgar y regular los asuntos referentes al tráfico.

II. Los descubrimientos de los portugueses empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. El infante D. Enrique llegó al *Senegal* y tocó en las *Azores* y en las islas de *Cabo Verde* (1450). Bajo Juan II, Bartolomé Díaz llegó al cabo de las Tormentas, que el rey apellidó de *Buena Esperanza* (1486). Vasco de Gama dobló al fin ese cabo en tiempos de D. Manuel (1497). Alvarez de Cabral descubrió por casualidad el Brasil, que fué la parte de los portugueses en la posesión del Nuevo Mundo (1500). Alvarez se dirigió sobre Calicut, y Francisco de Almeida fué á establecerse en la India con el título de virrey (1505). Su hijo Lorenzo se distinguió con brillantes victorias. Alfonso de Albuquerque, que le sucedió, se apoderó de Malacca, centro del comercio de la China, el Japón y de las Molucas (1511) y elevó á su apogeo el imperio de los portugueses en la India. Pero al morir ese grande hombre, empezó la decadencia (1515). En vano Juan de Castro (1545-1546) y Luis de Ataíde (1548-1568) realizaron esfuerzos prodigiosos para retardar su ruina; la conquista de Portugal por Felipe II (1580) le dió el último golpe. Los holandeses reemplazaron en todas sus colonias á los portugueses, y la opulencia de Goa *la Dorada* no fué ya más que un recuerdo.

CAPÍTULO XXI.

ESTADO DE ITALIA. LOS MÉDICIS EN FLORENCIA. GUERRAS DE ITALIA. CARLOS VIII. LUIS XII, LOS PAPAS JULIO II Y LEÓN X (1).

Las guerras de Italia tuvieron gran influencia sobre el desarrollo de la civilización francesa. En presencia de las repúblicas italianas, y del vario y libre funcionamiento de sus instituciones, el soldado sintió brotar en su pecho ideas de libertad y de independencia, y los jefes del ejército empezaron á abrigar esperanzas que halagaban su amor propio y su ambición. Todos esos valerosos soldados, hartos de reveses, volvieron á Francia sin conservar por la monarquía el mismo afecto que antes. Luis XII agravó aún más ese peligro por sus luchas no disimuladas contra la autoridad pontificia, que todos sus predecesores respetaran. Con tales imprudencias, recibieron rudo choque los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR : Además de los indicados en el anterior capítulo, véanse : Juan de Antón, *Crónica de Luis XII*; Juan de Saint-Gelais, *Historia de Luis XII*; Seyssel, *Historia del buen rey de Francia Luis XII*, *Historia de Bayardo*; Tailhé, etc.

grandes principios que servían de base á la antigua monarquía. La Iglesia y el poder real dejaron de ser á los ojos del pueblo cosas inviolables y sagradas, y desde entonces se pudieron presentir todos los desastres que habremos de deplorar en la época siguiente.

§ I. — *Estado de Italia á fines del siglo XV (1453-1494.)*

Estado anárquico de Italia. — Durante el último período del siglo XV, Italia es presa de la más profunda anarquía. Mientras los demás Estados de Europa llegan á la unidad por la centralización, esa península se divide por el contrario cada vez más. Únicamente la mayor parte de las ciudades que se constituyeron en repúblicas en la edad media, se hallan ahora sometidas á señores que las gobiernan con absoluta autoridad. Los más notables entre esos pequeños Estados son, al sur el reino de Nápoles; en el centro, los de la Iglesia y Florencia; al norte, la república de Venecia y el ducado de Milán.

Del reino de Nápoles (1443-1492). — El reino de Nápoles sigue siempre agitado por la rivalidad de los angevinos y de los aragoneses. Alfonso de Aragón había, es cierto, triunfado de René de Anjou, su competidor, pero luego cometió la imprudencia de debilitar singularmente la autoridad real, aumentando los privilegios de los magnates, en la confianza de granjearse así su apoyo. Su hijo Fernando I, que le sucedió (1458), vió renacer las dificultades que su padre venciera al principio de su reinado. El hijo de René, Juan de Anjou, le disputó sus derechos á la corona, y la guerra se trabó con el mismo encarnizamiento que antes. Triunfó del de Anjou en la batalla de Troja (1462), con ayuda del duque de Milán y del albanés Scanderberg, pero así que no tuvo nada que temer de sus enemigos exteriores, trató con tanta dureza á sus vasallos, que éstos se agruparon alrededor del partido anjevino, y llamaron en su socorro á Carlos VIII para reivindicar los derechos de la casa de Anjou, de la cual era representante (1492).

Roma y los Sumos Pontífices (1449-1492). — Durante ese difícil período, los papas se mostraron todos dignos de su augusta misión, trabajando con su

suave y salvadora influencia para mantener la paz en Italia. Habiéndose hallado Europa amenazada de una invasión después de la toma de Constantinopla por los turcos, los pontífices fueron los únicos que se opusieron á los progresos de los enemigos del nombre cristiano, y al mismo tiempo contribuyeron, con tanto celo como inteligencia al desarrollo de las ciencias y de las letras, preparando de ese modo el hermoso siglo de León X.

Nicolás ó Nicolao V pacificó la Italia en el congreso de Lodi (1454), y predicó la cruzada contra los turcos, en presencia de los príncipes allí reunidos. Su sucesor, Calixto III, hizo un nuevo llamamiento al valor de los cristianos, y logró poner en pie de guerra un ejército de más de sesenta mil hombres, que mandó á Hungría, bajo las órdenes de Juan Capitrán, su legado (1456). Pero Pío II fué el pontífice que desplegó más heroico valor. Para estimular á los príncipes, con su ejemplo, quiso ponerse en persona al frente de los cruzados; pero expiró cuando divisaba las galeras venecianas que debían llevarlo á tierra extranjera (1464).

El pensamiento de rechazar á los turcos no abandonó sin embargo á sus sucesores; pero la debilidad y la indiferencia de los Estados cristianos los obligaron á concentrar su acción sobre la Italia. Así fué que adornaron á la ciudad de Roma con los más suntuosos monumentos. Sixto IV fundó la biblioteca Vaticana y la capilla Sixtina; Inocencio VIII construyó el famoso Belvedere. Sin embargo, esos dos pontífices cometieron la falta de preocuparse demasiado de los intereses de sus familias. Su nepotismo produjo la elección de Alejandro VI, cuyas faltas provocaron la invasión francesa, que lo cercó en el castillo de Sant-Angelo dos años después de su coronación.

Florencia y los Médicis. — La república de Florencia obedecía entonces á los Médicis. Cosme el Grande había elevado su familia al sumo poder. Pedro de Médicis, que le sucedió, legó su autoridad perfectamente sólida á sus dos hijos, Lorenzo y Juliano (1469). Como una revolución causara la muerte de este último, el poder de Lorenzo, en vez de haberse quebrantado, quedó siendo más fuerte, pues su apoyo era el afecto

del pueblo mas bien que la fuerza de las armas ó la naturaleza de las instituciones. En efecto, sólo aprovechó su poder para labrar la dicha de sus conciudadanos y trabajar por la gloria de su patria. Tanto favoreció las ciencias y las artes, que ha merecido el sobrenombre de *Padre de las musas*. Su corte estaba llena de hombres distinguidísimos, como Ángel Policiano, preceptor de sus hijos, el sabio Pico de la Mirándola, el filósofo Marsilio Ficino y Juan Lascaris, ese infatigable trabajador, que buscaba en los empolvados manuscritos los ignorados tesoros de las antiguas literaturas. Lorenzo murió en la flor de la edad (1492); su muerte fué el principio de las desgracias que van á afligir tan cruelmente y por tan largo tiempo á los Médicis.

Venecia y Génova (1453-1495). — La toma de Constantinopla por los turcos fué un golpe mortal para la república de Venecia; ésta comprendió que su comercio estaba aniquilado en el Mediterráneo. Así fué que se apresuró á tomar las armas contra los turcos, y á interesar en su causa á los demás Estados de Italia. Sus naves fueron á asolar el Peloponeso y el Ática, llevando el espanto hasta las costas del Asia Menor, mientras Mahomet II avanzaba por tierra contra la ciudad de Scutari. Esa ciudad resistió á las fuerzas otomanas, pero Venecia tuvo que firmar una paz humillante, principio de su decadencia (1479).

En vano procuró resarcirse de esos reveses, atacando á la casa de Este (1482-1484). Los florentinos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y el Papa exigieron que devolviera todas sus conquistas. Por lo demás, su gobierno, al aumentar cada día la unidad del poder, habiá llegado al más brutal despotismo. Á la tiranía de los diez se habían agregado tres inquisidores de Estado, elegidos en el seno de aquel consejo y á los cuales les estaba concedido poder que hace temblar. Esos inquisidores podían, por autoridad propia, imponer la pena de muerte á un ciudadano, sin que tuvieran obligación de dar cuentas de su conducta. El objeto de esa política era conservar á Venecia el monopolio de las ciencias y de las artes; con tal fin, dice Daru, se mandaba apuñalar al obrero que transportaba á otras regiones una industria útil á la república;

pero todas esas violentas y sanguinarias medidas no lograban mantener en el seno de la república el comercio y la opulencia. El nuevo derrotero descubierto por los portugueses debíá arruinar sus establecimientos comerciales, y la invasión extranjera que va á producirse le arrebatará sus artes, su industria y su poder.

Génova nõ sobrevivió como potencia independiente á la ruina de Constantinopla. Cansada de las divisiones intestinas que desde hacía tanto tiempo la desgarraban, empezó por entregarse al rey de Francia, que la dió después á Francisco Sforza (1458). Más tarde pasó á manos de Juan de Anjou, rival del rey de Nápoles, para volver á la dominación de Milán (1464). Durante ese tiempo, los turcos le fueron arrebatando sucesivamente todas sus posesiones de Oriente, y acabó así por no conservar ni restos de su antiguo esplendor,

Milán. — En Milán se habían apoderado de la autoridad los Visconti. Habiendo casado á su hija el último duque de ese nombre con Francisco Sforza, uno de los más notables jefes de los *condottieri*, éste se hizo reconocer como sucesor y heredero de su suegro (1447), á pesar de las pretensiones del duque de Orleans, del emperador de Alemania y del rey de Nápoles. Su genio le hizo perdonar su usurpación, pero su hijo Galeazo María (1468) no poseyó ni su habilidad ni sus virtudes. Sus escándalos y sus crímenes hicieron que le diesen de puñaladas en una iglesia (1476); pero los milaneses nõ pensaron por ello en recobrar su libertad, sino que reconocieron como duque á Juan Galeazo, hijo del anterior, de ocho años de edad, confiando la regencia á su madre Buena de Saboya. Ésta designó como primer ministro á Francisco Simonetta, y alejó á los hermanos del último duque, cuyo deseo más vivo hubiera sido tener participación en el gobierno. Pero uno de ellos, Ludovico Sforza el Moro, la obligó á cederle la regencia (1480); y ya pensaba en deshacerse de su sobrino para quedarse con el poder, cuando la violencia de las iras populares le hizo comprender la inminencia de una revolución. En esas extremas circunstancias, creyó que no podía salvarse más que trastornando á toda Italia, y ese pensamiento fué el que lo excitó á llamar á los franceses (1494).

§ II. — Expedición de Carlos VIII á Italia.

Preparativos de esa expedición. — Italia merecía en efecto severo castigo por todos sus crímenes. El rey de Nápoles acababa de emplear cobarde perfidia para engañar á sus magnates y despojarlos de sus bienes; Roma deploraba la elección de Alejandro VI y el favor de que gozaban los Borgia; Florencia, seducida á servidumbre por los Médicis, se hundía en la corrupción, consagrándose á las artes y á la literatura del paganismo; Venecia se manchaba con las crueldades arbitrarias de sus tiránicos inquisidores; por fin, Milán, desde hacía tanto tiempo desgarrada por las luchas de los facciosos y de los usurpadores, se había hecho también cómplice de los crímenes de Ludovico el Moro. En presencia de tantos desórdenes, Savonarola, el gran predicador de Florencia, había anunciado públicamente que á ejemplo de Ciro, un príncipe pasaría los montes, devastaría la Italia y se haría dueño de ella en pocos días, sin necesitar reñir ni una sola batalla. Ese conquistador fué Carlos VIII, quien por un momento se creyó soberano de ese país, y pensó en restablecer el imperio de Oriente, yendo á hacerse coronar en Constantinopla. Así fué que no escaseó los sacrificios para asegurar durante su ausencia la tranquilidad de Francia. Dió grandes sumas de dinero al rey de Inglaterra Enrique VII, cedió al emperador Maximiliano, el Artois y el Franco Condado, y devolvió el Rosellón á Fernando el Católico.

Triunfos de Carlos VIII (1494-1495). — Nada se economizó al preparar la grande expedición. Carlos VIII contrató soldados en todas las naciones más valerosas de Europa: franceses, vascos, bretones, suizos, alemanes y escoceses se alistaron bajo sus banderas. Los cañones, perfeccionados y ya por entonces fáciles de manejar, constituyeron la fuerza de su ejército y el espanto de los italianos, que no estaban acostumbrados á ver aquellos pesados instrumentos maniobrar con tanta presteza. Los Alpes y el Piamonte fueron atravesados sin dificultad. Ludovico el Moro corrió al encuentro de sus aliados, y Venecia, que había querido observar la neutralidad, se declaró de

repente por Carlos VIII. Florencia, obstinadamente fiel á Fernando de Aragón, recibió duro castigo. Ese Estado desterró á Pedro de Médicis por haber entregado á los franceses sus mejores plazas, y en su seno se organizó la democracia bajo los auspicios de Savonarola, que había recibido á Carlos VIII como el azote de Dios; Pisa bendijo á los franceses, que la libertaban del yugo florentino y se mostró contenta de su



protección. Orgulloso con tantos homenajes, el rey de Francia bajó sobre Nápoles. Sabiendo el papa Alejandro VI que el cardenal de San Pedro-es-Liens, excitaba á Carlos VIII á que lo depusiera por causa de simonía, se escondió detrás de las gruesas murallas del castillo de Sant-Angelo y esperó tembloroso el desenlace del terrible drama. Pero el rey fué más moderado y el pontífice salió de su retiro para aliarse con él. Entonces el soberano de Nápoles, Alfonso II, que aca-

baba de suceder á su padre Fernando I, asustado por las victorias de las armas francesas, ni siquiera se atrevió á resistirles. Huyó á Sicilia después de haber abdicado en favor de su hijo Fernando, y en unos cuantos días fué invadido por los franceses todo su reino. Carlos VIII entró en Nápoles el 21 de Febrero de 1495, y se hizo tributar, como en Florencia y en Roma, los honores del triunfo. Bajo el pretexto de que había comprado á un sobrino de Paleólogo sus derechos sobre el imperio griego, se revistió con los adornos imperiales y tomó el título de emperador de Oriente. De ese modo quedó terminada la conquista de Italia en menos de cuatro meses, y tan escasa resistencia presentó toda la Península, que Alejandro VI decía: « los franceses no han tenido más trabajo que mandar á sus furrieles, con un pedazo de tiza en la mano, para marcar sus alojamientos. »

Victoria de Fornua. — Carlos VIII tenía la persuasión de poder realizar sus magníficos proyectos. Ya Bayaceto veía alzarse contra él la mayor parte de sus poblaciones y esperaba verse obligado á tener que abandonar la Europa para volverse al Asia. Después de su brillante conquista, el rey de Francia se comparaba con los mejores capitanes de la antigüedad y excitaba en la nobleza que lo rodeaba el gusto por las empresas caballerescas, multiplicando las fiestas y los torneos.

Pero lo que había sido causa de la rapidez de sus triunfos, lo fué también de la prontitud de sus reveses. Ludovico el Moro, que llamara á los franceses á Italia, empezó á mostrarse inquieto por sus triunfos, temiendo que su ambición no se limitara solamente á la conquista del reino de Nápoles. Comunicó esas aprehensiones á los venecianos, se unió con los aragoneses desposeídos, hizo entrar en su alianza á Alejandro VI y al duque de Ferrara, y organizó una liga que debía cerrar á Carlos VIII la vuelta á Francia. Cuando se supo en este país la noticia de ese pérfido plan, se concibieron grandes temores. Por su parte, Carlos VIII batió inmediatamente en retirada para no verse envuelto. Si no se hubiera detenido en Pisa para terminar las dificultades existentes entre esa ciudad y los florentinos, hubiera podido penetrar de nuevo en

Francia antes de que le hubiesen interceptado el camino. Pero ese retraso permitió á sus enemigos levantar un ejército, y los 8000 franceses que lo acompañaban hallaron en Lombardía á 40.000 italianos dispuestos á disputarles el paso. La batalla se dió en la bajada de los Apeninos, en el Parmesano, cerca de Fornua. En una hora el valor de los franceses triunfó del número de los confederados, y con sólo pérdida de 900 hombres atravesaron las filas enemigas (5 de Julio de 1495). Carlos VIII hubiese podido entonces marchar sobre Milán y castigar severamente al Moro por la perfidia de su defección; mas, se dió prisa en volver á Francia para relatar sus brillantes hazañas.

Pérdida del reino de Nápoles. — Carlos VIII había dejado en Nápoles al duque de Montpensier con el título de virrey, aunque sólo le dió cuatro mil hombres para defender su conquista. En seguida salió de su retiro de Ischia Fernando de Aragón, y con ayuda de Gonzalo de Córdoba se presentó á sorprender á Nápoles en ausencia del virrey. El inconstante pueblo, que acogiera á los franceses con entusiasmo, mostró la misma alegría al volver ese rey que había abandonado y vendido cuatro meses antes. Bloqueado el duque de Montpensier en Atella, tuvo que capitular al cabo de un mes, y apenas si pudo el valiente d'Aubigny volver á Francia con dos mil lanzas y los honores de la guerra. El resto pereció en los campos de batalla, ó fué arrebatado por las enfermedades pestilenciales. De esa manera se desvanecieron como un sueño los resultados de aquella expedición.

Sine embargo, Carlos VIII estaba meditando una nueva expedición en que deseaba tomar parte toda la juventud noble. El duque de Orleans había sido designado para mandarla, y las justas pretensiones que tenía sobre el ducado de Milán excitaban su celo y le hacían activar los preparativos; pero sus consejeros íntimos le hicieron comprender cuán importante para él era no alejarse en los momentos en que la salud del rey se iba debilitando cada día, sin que por otra parte viviera ninguno de los hijos que dicho soberano había tenido con Ana de Bretaña. Así que el duque de Orleans halló

pretextos para dispensarse de ir en persona á Italia, el partido opuesto á esa guerra prevaleció en el consejo, y se aplazaron indefinidamente los proyectos de Carlos. En eso murió este príncipe, el 7 de abril de 1498, en el castillo de Amboise, de resultas de un golpe que se había dado en la cabeza al visitar dicho edificio que hacía reconstruir en estilo italiano. Como todos sus hijos habían muerto en la niñez, ese rey fué el último de la primera rama de los Valois, que había dado á Francia siete reyes, durande ciento setenta años (1328-1498).

Durante los últimos años de su vida, ese monarca se ocupó muy seriamente en los intereses del pueblo. Advertido por las quejas de sus súbditos, « aplicaba su imaginación, dice Comines, á querer vivir con arreglo á los mandamientos de Dios, á poner buen orden en la justicia y á regularizar los gastos é ingresos públicos. » Disminuyó en una sexta parte los impuestos, á pesar de las cargas ocasionadas por la guerra de Italia, y tenía el proyecto de suprimirlos completamente, contentándose con los productos de su dominio personal. Gustaba de dictar por sí mismo fallos judiciales, y reformó en ese orden cierto número de abusos. Así, procribió la venta de los oficios de judicatura (1493), é hizo empezar la redacción de un código *consuetudinario* por una comisión compuesta de comisarios reales y de hombres competentes, nombrados en cada país por los tres órdenes. Completó el *gran consejo*, que estaba encargado de juzgar las causas más importantes.

§ III. — Luis XII. Julio II. Liga de Cambrai (1498-1508).

De Francia y de Italia al ocurrir el advenimiento de Luis XII (1498-1515). — Después de la partida de Carlos VIII, Italia se creyó libre y Savonarola fué acusado de falsa profesia. Formóse contra él en Florencia un gran partido y Alejandro VI, á quien había atacado sin respeto por su dignidad, puso en entredicho sus predicaciones. Savonarola cometió la falta de no someterse, y sus enemigos lo hicieron condenar por la Inquisición al suplicio reservado á cuantos

se mostraban rebeldes á la voz de la Iglesia. El illustre hijo de Santo Domingo oyó su condenación completamente tranquilo, y subió á la hoguera con una resignación que le ha valido el nombre de mártir. Sin embargo, sus predicaciones no tardaron en realizarse. Como la familia de los Valois, que reinaba en Francia, se había extinguido en la persona de Carlos VIII, subió al trono Luis XII, que tenía derechos sobre el Milanésada, por parte de su madre Valentina Visconti. No tardó en hacerlos valer, y para ello pactó una alianza con el soberano Pontífice y con Venecia, enemiga irreconciliable de los duques de Milan.

Expediciones de Luis XII contra el Milanésado (1499-1501). — El mando de la expedición se confirió al mariscal de Trivulce, rival de los Sforza. Aquél no tuvo que exponerse á las contingencias de una batalla, pues Ludovico el Moro, abandonado por todos los suyos, tuvo que huir á Alemania, y Luis XII se encontraba aún en Lyon, cuando los franceses habían penetrado ya en Milán. El rey se apresuró á ir á tomar posesión del país conquistado, y penetró triunfalmente en la capital de la Lombardia. Trivulce quedó al frente del gobierno, pero su dureza irritó á los milaneses, la rebelión estalló, y cinco meses después de su caída, penetraba de nuevo Ludovico Sforza en la ciudad que lo proscibiera. Entonces Luis XII mandó un segundo ejército al sur de los Alpes, con la Trémolle por jefe. Sforza descansaba, confiado en el apoyo que le habían prometido los suizos; pero éstos lo vendieron en Novara, entregándolo á los franceses. El Moro fué enviado á Francia, y encerrado en la torre de Loches, donde murió á los diez años de cautiverio. Á partir de ese momento, Milán no cesa de pertenecer á príncipes extranjeros.

Expediciones de Luis XII contra el reino de Nápoles (1501-1503). — Dueño de Milán, Luis XII no olvidó sus derechos al reino de Nápoles. Unióse con Fernando el Católico, cuya astucia y doblez se mostraron en esta ocasión con el mayor brillo. Esos dos príncipes habían convenido en repartirse entre ellos el reino, dejando de lado á los descendientes de la dinastía aragonesa, entonces representada por el joven